

Marisa Estela Budiño, María Inés Laboranti y María Laura Pérez Gras (dirs.), *Escrituras del viaje: itinerarios, territorios y viajeros*, Formosa/Paraná, Editorial de la Universidad Nacional de Formosa/Editorial de la Universidad Autónoma de Entre Ríos, 2025, 444 páginas.

Los viajes propagan nuevas cartografías retóricas, apuntó el profesor Nicolás Rosa en *Relatos críticos*.³ Viajes transatlánticos, aventuras imperiales, comerciales o colonizadoras, viajes utilitarios, iniciáticos, deslumbrantes o científicos han ido cincelandos a lo largo de la historia artefactos estéticos para lectores variopintos, demostrando que el relato de viajes constituye uno de los géneros literarios más transitados en la modernidad. Sin embargo, el relato de viajes va más allá del espacio geográfico en el cual se ha desarrollado el desplazamiento y trasciende también las motivaciones que suscitan el itinerario. Viaje, relato y escritura se encuentran hilvanados y tienen por objetivo construir “fragmentos de mundo”, como explica la investigadora Sofía Carrizo Rueda.⁴ Expediciones guerreras, negocios, peregrinaje, evangelización, conocimiento científico y turismo han sido algunos de los motivos que suscitaron y continúan suscitando diversos tipos de viajes a lo largo y a lo ancho del globo. Es decir, factores políticos, económicos y religiosos tramaron significativamente los viajes por el mundo y sus relatos. En la literatura argentina en particular, como demuestra el volumen que ponemos en consideración, el relato de viajes constituye un elemento fundante e instituyente: *romance fundacional*⁵ o *narrativa fundacional*,⁶ este género formador de la literatura nacional⁷ instala una particular *imaginación territorial*.⁸

Para comenzar el análisis de este libro colectivo que se divide en tres partes “Viajeros decimonónicos”, “Relatos transfronterizos” e “Itinerarios narrativos”, conviene recordar algunos estudios críticos que abordaron la poética del relato de viaje. Para trazar esta poética, es necesario deslindar términos que históricamente se tomaron como sinónimos: es así como, con Carrizo Rueda,⁹ podemos afirmar que no toda literatura de viajes es relato de viajes. O,

³ Nicolás Rosa, *Relatos críticos* (Buenos Aires: Santiago Arcos, 2006), 17.

⁴ Sofía Carrizo Rueda (ed.), *Escrituras del viaje. Construcción y recepción de ‘fragmentos de mundo’* (Buenos Aires: Biblos, 2008).

⁵ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas* (CDMX: FCE, 1993).

⁶ Silvia Casini, *Los bárbaros de la Patagonia* (San Juan: Universidad Nacional de San Juan, 2001).

⁷ Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850* (Buenos Aires: Sudamericana, 1996).

⁸ Graciela Montaldo, *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina* (Rosario: Beatriz Viterbo, 2004).

⁹ Sofía Carrizo Rueda (ed.), *Escrituras del viaje. Construcción y recepción de ‘fragmentos de mundo’* (Buenos Aires: Biblos, 2008).

dicho de otro modo, el subconjunto de los relatos de viajes pertenece al conjunto mayor de la literatura de viajes, pero no viceversa. De este modo, proponemos algunas premisas que exceden la clasificación estrictamente temática —el narrar un viaje, digamos—, y apuntamos brevemente las características específicas que hacen de este un tipo textual bifronte entre lo documental y lo literario.

Para hilvanar esta cuestión, podríamos auscultar sucintamente este género desde tres puntos de vista, como propone Carrizo Rueda: a) la estructura formal; b) los elementos constitutivos y c) la condición de participante activo en procesos de intertextualidad.¹⁰ Con respecto al primero (a), en los relatos de viajes propiamente dichos, la narración está subordinada a la descripción, característica neurálgica para su complejidad como género y reconocida por innumerables críticos literarios.

Por otra parte, cabe destacar que la textualización del desplazamiento confluye en tres modalidades que —enlazadas— constituyen los relatos de viajes: diseñar la imagen de las sociedades visitadas, crear espacios dentro del discurso para la admiración y presentar materiales que enriquezcan diversas áreas del conocimiento.¹¹ He aquí la segunda dimensión que queremos destacar (b) y que Carrizo Rueda plantea como esos elementos constitutivos del relato de viajes. En una dirección similar, el investigador español Luis Alburquerque-García propone una primera síntesis: Los ‘relatos de viajes’ responden a tres rasgos fundamentales: (1) son relatos factuales, en los que (2) la modalidad descriptiva se impone a la narrativa y (3) en cuyo balance entre lo objetivo y lo subjetivo tienden a decantarse del lado del primero, más en consonancia, en principio, con su carácter testimonial. Es decir, los relatos de viaje se asientan “en los hechos”,¹² postulado en el cual resuena la distinción clásica de Gérard Genette entre relatos *ficcionales* y *factuales*: la factualidad de estos relatos, cuyo componente cronológico y topográfico remite a un tiempo y un espacio vividos por el viajero, no excluye su condición de literarios. (Como vemos, el concepto de ‘*literariedad*’, a saber, qué hace que un texto sea o no literario, nos sale al paso de una manera u otra en cualquier reflexión teórica). En este sentido, el capítulo de Gerardo Álvarez titulado “Los viajes de Bialet Massé narrados en el *Informe sobre las clases obreras* (1904)” se ajusta a esta definición al recoger la mirada etnográfica de dicho intelectual y dar cuenta de ese querer documentar fehacientemente con rigor científico y

¹⁰ Sofía Carrizo Rueda, *Poética del relato de viaje* (Kassel: Edition Reichenberger, 1997), X-XI.

¹¹ Sofía Carrizo Rueda, *Poética del relato de viaje* (Kassel: Edition Reichenberger, 1997), 12.

¹² Luis Alburquerque-García, “El relato de viajes: hitos y formas en la evolución del género”. *Revista de literatura* (CSIC) n.º 145, vol. LXXIII (2011), 16.

compromiso humanista, la situación de los trabajadores, sin privarse de ponderar los beneficios del viaje en los trenes del Central Argentino.

El tercero de los ítems expuestos por Carrizo Rueda es la *intertextualidad* (c). Como sabemos, es una noción que la crítica de origen búlgaro Julia Kristeva apuntó por primera vez a fines de la década del sesenta pero que tuvo —y tiene— otras muchas derivas. La intertextualidad se posiciona contra la visión de texto cerrado, autosuficiente e idéntico a sí mismo, porque postula que todo texto es mosaico de citas, absorción y transformación de otros textos: ejemplo de esto es el diario de Benjamín Vicuña Mackenna, en la umbralidad de no ser europeo ni connacional y describir las pampas, diario que analiza María Inés Laboranti en el capítulo “Entre lo etnográfico y lo pragmático: el viaje de Benjamín Vicuña Mackenna por las Pampas (1855)” y en donde Vicuña cita desde Charles Darwin y Félix de Azara, pasando por dichos y refranes y hasta coplas populares; también podemos notar estas características en el texto de Liliana Tozzi “Un viajero del siglo XXI. Desplazamiento, territorio y comunidad en *Una música* (2022), de Hernán Ronsino”, el cual hilvana un relato del siglo XXI y parte de la tradición literaria de los viajeros del siglo XIX, “al refractar una construcción del territorio y una visión política sobre la pampa, la frontera, el paradigma civilización/barbarie, la idea de nación y de comunidad” (p. 393), porque como explica el catedrático de la Universidad de Postdam Ottmar Ette, las relaciones intertextuales siempre son relaciones con el poder: el poder de citar o dejar de lado, de afirmar o negar en aras de su propio discurso.¹³

Por otra parte, es necesario advertir que cuando se discurre en torno a los relatos de viaje (y esto se aplica también a la narrativa de viajeros o a la literatura de viajes sin más), se puede afirmar que existe una suerte de red intertextual. En ocasiones, los viajeros visitan ciudades y espacios movidos por relatos de viajeros anteriores y, a su vez, sus propios escritos resultan importantes para los viajeros posteriores. La relación intertextual permite observar las expectativas del viajero, lo que se creía y pensaba, por un lado, y lo que efectivamente se encuentra, por otro. Es la experiencia del viaje lo que habilita al viajero a decir: ‘Esto era así, como nos lo imaginábamos’ o ‘Esto no era así’. En rigor, la literatura de viajes pone en consideración, desde diferentes aristas, la percepción de lo propio y la percepción de lo ajeno, el registro del otro. Así, se genera un intenso diálogo entre lo propio y lo ajeno, y la alteridad se vuelve protagonista: como sucede en el caso del primer texto del volumen “Cautivas, locas de amor, indias en los relatos de viaje de Théodore Pavie (1833)” escrito por Norma Alloati, en

¹³ Ottmar Ette, “Palabras - dominios – genealogías, Cornelius de Pauw y la disputa por un Mundo Nuevo”. *Telar* n.º 11-12 (2013-2014), 30-66. <https://revistatar.ct.unt.edu.ar/index.php/revistatar/article/view/57/52>

donde se ausculta la figura de Pavie y el lugar que este otorga a las mujeres sudamericanas, un lugar central a diferencia de otros viajeros contemporáneos; o bien como Mario Sebastián Román trabaja la obra de Mac Cann, a partir de la noción de alteridad en “William Mac Cann viaja a caballo: circulaciones discursivas de la alteridad, ediciones y traducciones”. Entonces, observación, experimentación, comparación, fascinación por lo otro, percepción de una alteridad cultural son elementos que coadyuvan en la configuración de este *género traductor* en tanto relaciona recíprocamente las experiencias individuales —por ejemplo, en “La experiencia femenina del viaje: *Recuerdos de viaje* de Eduarda Mansilla”, escrito de Milagros Rojo Guinazú— y las colectivas. Asimismo, se pone en juego que “la representación mental de ‘lo otro’ en un lugar diferente es el resultado invariable de una imaginación que no puede dejar de comparar, mezclar o combinar”,¹⁴ como manifiesta el capítulo “Antes de que se evapore. Imágenes del alcohol para la indagación histórica en la narrativa cosmopolita de Vicente Blasco Ibáñez” escrito por Paula Sedran, y que discurre sobre los relatos de viaje de este escritor valenciano. Titulados *Vuelta al mundo de un novelista* y *La barraca*, los libros analizados delimitan qué entiende el autor por “lo propio” y “lo ajeno”.

El género es un híbrido donde están excluidos los límites precisos entre lo documental y lo ficcional, y donde se evidencia también el enlace de lo heterogéneo propio de los relatos de viajes. Desde esta perspectiva, pues, parece necesario profundizar en el conocimiento de la literatura de viajes en relación al par ficcionalidad-factualidad: aspecto que se puede observar, por ejemplo, en las temporalidades del viaje que, analizadas por María Inés Laboranti en el capítulo sobre el diario de Benjamín Vicuña Mackenna, remiten a la experiencia del tiempo, los tiempos lentos de la carreta; los dinámicos del ferrocarril, etc. y las transformaciones del acto de viajar y relatar en el siglo XIX. También podría ajustarse a estos lineamientos de *literatura friccional*¹⁵ el artículo de nuestra autoría titulado “Un Sísifo rosarino: espaciamento, experimentación y descubrimiento en *La ciudad del puerto petrificado*”, al discurrir en torno a un texto que combina novela, relato de viajes y ficción autobiográfica, escrito por el arquitecto Ángel Guido.

Siguiendo a Genevieve Champeau,¹⁶ consideramos que los relatos de viajes constituyen además la articulación de una triple intencionalidad —documental, ideológica y estética— y establecen un pacto de lectura referencial sometido al criterio de veracidad y verosimilitud, otra

¹⁴ Pere Salabert, *Figuras del viaje. Tiempo, arte, identidad* (Rosario: Homo Sapiens, 1995), 47.

¹⁵ Ottmar Ette, *Literatura en movimiento* (Madrid: CSIC, 2008).

¹⁶ Genevieve Champeau (comp.), *Relatos de viajes contemporáneos por España y Portugal* (Madrid: Verbum, 2004).

convención fundante del género. Es así como coincidimos con Esther Ortas Durand¹⁷ en que la polivalencia del valor documental estriba “en el hecho de que el relato del visitante ofrece una serie de informaciones, comentarios y aspectos que corresponden a una visión específica del lugar recorrido”, aunque también reside en el hecho de que “la propia mirada del viajero está influida por unas imágenes previas acerca de lo que va a ver”. En este sentido, el texto de Claudia Torre “Liturgias del desplazamiento de una intelectual argentina: los relatos de viaje de Beatriz Sarlo” pone de manifiesto que su viaje físico dialoga con el viaje interior de esta intelectual, con sus lecturas previas, con sus saberes literarios, estéticos y arquitectónicos acumulados.

El relato de viajes es, además, la forma de escritura literaria en la que quizás se plasme con mayor claridad la relación de la escritura con el espacio, su dinámica y su necesidad de movimiento.¹⁸ Es así como la literatura de viajes no debe ser vista solamente desde la espacialidad, sino desde su *vectorialidad*, es decir, desde el movimiento, perspectiva que Diego Suárez explota en su intervención titulada “Ocasión de nombrar la verdad con belleza. El Poema de Cachi de Horacio C. Rossi”, todo un manifiesto poético. El mundo de los relatos de viajes es así un mundo en continuo movimiento —temporal, espacial (empírico o no), social, cultural, etc.— en donde lo topológico y lo cronológico se ensamblan. Para Ette, y coincidimos, la literatura de viajes como práctica social, política, discursiva y estética pone en tela de juicio la organización del saber.¹⁹ Esto implica realizar la siguiente pregunta: ¿cómo pensar el mundo desde el movimiento? En la medida en que el desplazamiento se erige en una línea significativa para el análisis —en concreto, pensamos el movimiento como está planteado en *Escrituras del viaje...*, en clave de los sitios recorridos y practicados, en relación al recorte que la mirada establece en cada capítulo, a la perspectiva que instauran los medios de locomoción utilizados, los factores espaciales y temporales pero, de igual manera, pensamos en la constitución de una nueva subjetividad que hace del turismo, de la ambulación y el desplazamiento su marca distintiva—, nos interesa la experiencia corpórea, que también se vincula al movimiento. En esta dirección, como explica Monteleone²⁰ todo viaje combina la experiencia del cuerpo y la experiencia del tiempo. De este modo, los viajeros no solo se desplazan en el espacio sino

¹⁷ Esther Ortas Durand, “La España de los viajeros (1755-1846): imágenes reales, literaturizadas, soñadas”, en *Los libros de viaje. Realidad vivida y género literario*, coordinado por Patricia Almarcegui Elduayen y Leonardo Romero (Madrid: Akal, 2005), 48-49.

¹⁸ Ottmar Ette, *Literatura en movimiento* (Madrid: CSIC, 2008), 11.

¹⁹ Ottmar Ette, *Literatura de viaje: de Humboldt a Baudrillard* (CDMX: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001).

²⁰ Jorge Monteleone, *El relato de viaje. De Sarmiento a Umberto Eco* (Buenos Aires: El Ateneo, 1998).

también en el tiempo. En la medida que todo viaje es, a la vez que real, imaginario, también el cuerpo, el tiempo y el espacio entran en dicha correlación ambigua. El relato de viajes instala una particular imaginación territorial o socioespacial: en el viaje se produce una ruptura del sujeto con su cotidianeidad, una irrupción de lo exótico.

Por ende, tanto la perspectiva vectorial o de movimiento, como la del paseante que mensura la calle, se centran en la *experiencia* del sujeto viajero: el viaje de la escritora y crítica María Rosa Lojo, que coteja el de Lucio V. Mansilla y uno suyo previo a Leubucó en 2022, nos remite a esta perspectiva. El viaje se constituye así en una posibilidad de construcción de sentido a través de discontinuidades, de geografías fragmentadas, una ruptura de la cotidianeidad en forma imprevisible.²¹

Los libros de viajes manifiestan además las preocupaciones propias de cada época, sus inquietudes, implicadas en el itinerario particular. De este modo, nos habilita a plantear que “el tipo de información proporcionada por el escritor/viajero es bidireccional, es decir, ilustra tanto sobre la cultura visitada como sobre el bagaje cultural y los prejuicios del que visita”;²² todo viajero carga con su propio equipaje el cual condiciona su mirada. Ahora bien, si pensamos propiamente en la tipificación del viajero, resultan pertinentes los aportes que desde la estética realiza el crítico catalán Pere Salabert, quien establece una separación entre la condición de viajero stricto sensu de la de turista: este último representa una forma de banalización cultural, ya que sustituye el afán de conocimiento por el de sentimiento. El turismo, actividad visual por excelencia, de puro encuentro con las cosas, remite a una sensibilidad cutánea.²³

El contrato de la literatura de viajes es ese pacto autobiográfico que, de alguna manera, nos “obliga” a involucrarnos en el juego de confusiones entre protagonista textual y autor real.²⁴ Es así como aquello que optamos por denominar entramado narrador —protagonista textual— autor es un vector de posibilidades para discurrir en torno a la formación de la subjetividad, como expone el trabajo de Lucia De Leone titulado “Mi campo privado. Los viajes de Sara Gallardo”.

Ahora bien, en su conjunto, las contribuciones de este libro brindan una recapitulación minuciosa de las condiciones de producción y circulación de cada obra analizada, razón por la

²¹ Sylvain Venayre, “Escribir el viaje: de Montaigne à Le Clézio”. *Secuencia* n.º 102 (2018), 6-22.

²² Luis Alburquerque-García, “Los ‘libros de viajes’ como género literario”, en *Diez estudios sobre literatura de viajes*, editado por Manuel Lucena Giraldo y Juan Pimentel (Madrid: Instituto de la Lengua Española, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006), 81.

²³ Pere Salabert, *Figuras del viaje. Tiempo, arte, identidad* (Rosario: Homo Sapiens, 1995), 44.

²⁴ Ottmar Ette, “Los caminos del deseo”. *Humboldt* n.º 141 (2004).

cual las escrituras del viaje se presentan como *nuevos archivos de experiencias*²⁵ o *catálogos de referencias sensibles*,²⁶ en dos direcciones: por una parte, porque abordan textos en ocasiones poco transitados por la crítica y que son articulados desde perspectivas teórico-críticas singulares; por otra, porque manifiestan una amplitud temporal que permite esbozar un itinerario por tres siglos, del XIX al XXI.

Itinerarios narrativos, escrituras sobre viajeros decimonónicos (incluyendo viajeras y cautivas, como presenta “Ellas también cruzaron la frontera interior: viajeras y cautivas en la Argentina del siglo XIX” de María Laura Pérez Gras), relatos transfronterizos (como pone de manifiesto el texto de Rodrigo Villalba Rojas “*Mombyry guive rohechagau* [Desde lejos te añoro] Viaje y nostalgia en el cancionero *Reminiscencias* (1955-2011)”, relatos fundacionales —de lo misionero (como aborda el artículo de Carolina Mora “Viajes y diálogos fugaces por el territorio misionero”) o de lo formoseño (en la mirada crítica de Marisa Budiño y María Ester Gorrera en “El destino trascendente: *A través de la selva* de Esteban Laureano Maradona”)— forman, entre otros, el ramillete de estudios de textos producidos por viajeros y viajeras desde o hacia diversas regiones de la Argentina. Desde los albores del siglo XX, los relatos de viajes, a caballo entre la literatura y la historia, también trascienden la mera manifestación de reconocimiento e identidad entre los miembros de la oligarquía, y permiten traducir experiencias para otros agentes sociales, es decir, se resignifican y refuncionalizan su lugar en el sistema literario argentino.

Por último, quisiera reparar en dos cuestiones más que constituyen, a mi modo de ver, todo un acto de resistencia, como dice la canción de Fito Páez: “en tiempos donde nadie escucha a nadie/En tiempos donde todos contra todos/En tiempos egoístas y mezquinos”. Por una parte, quisiera destacar el *esfuerzo federal* que este libro materializa: docentes e investigadores de diversas instituciones educativas, en el marco de la Red de Estudios de Literaturas de la Argentina (RELA) analizaron textos producidos a lo largo y a lo ancho de nuestro país; y por otra parte, considero sumamente valioso destacar la publicación en papel (y próximamente en formato digital) bajo el sello de dos editoriales universitarias, la Editorial de la Universidad Autónoma de Entre Ríos y de la Universidad Nacional de Formosa.

Para finalizar, pensaba en Walter Benjamin (1940) en *Tesis de filosofía de la historia*, cuando dice: “articular históricamente lo pasado no significa conocerlo ‘tal y como verdaderamente ha sido’. Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante

²⁵ Jorge Monteleone, *El relato de viaje. De Sarmiento a Umberto Eco* (Buenos Aires: El Ateneo, 1998).

²⁶ Ottmar Ette, “Los caminos del deseo”. *Humboldt* n.º 141 (2004).

de un peligro”. Imposible no vincular estas preocupaciones, recuerdos y relumbres con *Escrituras del viaje: itinerarios, territorios y viajeros*.

María Florencia Antequera
(IH IDEHESI CONICET-UNR-UCA)